

# HOMILÍA HISTÓRICO TESTIMONIAL DEL PADRE RODRIGO CASTRO LÉPIZ



Pbro. Rodrigo Castro Lépiz  
Catequeta - Instituto Católico de París  
Pionero de la renovación catequética  
posconciliar en Costa Rica  
+ 15 enero 1996

Homilía pronunciada en la  
Celebración Eucarística final del  
II Encuentro Nacional de Catequesis,  
a él dedicado.  
San José, 9 julio 1986

Excelentísimos Señores Obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica,  
Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico,  
Vicarios Generales  
Miembros de la Comisión Nacional de Catequesis,  
Miembros de las Comisiones Diocesanas de Catequesis,  
Sacerdotes, Religiosas,  
Laicos aquí presentes.

Agradezco, y he querido participar sólo en este momento del Encuentro, como un signo. Este momento es de Dios, no es de los hombres; y cuando se honra a un hombre en la Iglesia, se honra a Dios. El hombre debe tener la fuerza de vivir lo que Juan Bautista vivió, no sólo para decirlo, sino también para asumirlo. "Es necesario que El crezca, y yo mengüe", porque si algo hay peligroso en la Iglesia, es que los profetas opaquen al Único Profeta. Corremos el riesgo de idealizar lo que fue obra, no de un hombre, sino de la Iglesia, y detenernos con cierta nostalgia, olvidando la tarea de Salvación.

Yo sé que lo que Uds. reflexionan en estos días va a ser tabulado, y de seguro, sometido a una etapa que ya me supera, que es la de la computación. Yo tengo en mi vida, un poco sin conocerla, la angustia teresiana, de que sólo sabré que he sido fiel a mi Iglesia, cuando el Señor me llame. Pero en función de esta labor que a Uds. les interesa y que tienen que construir, y toda la Iglesia tiene que recrear, yo daría unos jalones nada más.

La comunidad que nosotros construimos, si bien se realiza en el tiempo, no trabaja para el tiempo, trabaja para Dios. Muchas veces preguntamos cómo, en nombre de quién hay que edificar la comunidad. Nosotros nos apuntamos, —por decirlo así— al éxito, para que la comunidad sea visible.

Recuerdo aquello que después de una predicación me decía un sacerdote: "¿cómo inventaste eso de que la Iglesia es un misterio?". No sé cómo lo inventé, pero es que es el misterio de Dios viviendo entre los hombres.

En el Evangelio que acabamos de proclamar, Felipe (que estaba tan cerca del Señor), le dice: "muéstranos al Padre y ya nada nos falta". Y el Señor dice a Felipe: "¿Por qué me dices muéstranos al Padre, si quien me ve a Mí ha visto al Padre?". Y lo que sigue me deja desconcertado: Felipe dice al Señor: "Señor, ahora sí que hablas claro" Esta es la experiencia del místico, definitivamente; del que percibe a Dios en el silencio contemplativo.

Todos los que hemos trabajado directamente en catequesis sabemos con qué facilidad se consiguen catequistas, y cómo el Señor va cribando, porque sólo va quedando como catequista aquél que verdaderamente descubrió a Dios. Y se descubre a Dios en la Palabra hecha Carne que sigue viviendo en el misterio profundo de la Iglesia y dándose a todos los hombres.

Yo recuerdo a muchos y muchas catequistas; y muchos nos encontramos y ya no nos reconocimos; y los que nos reconocimos, lo hicimos en Dios, y no en el proyecto humano. Conocer a Dios es la clave de la verdadera comunidad salvífica; es un conocimiento de la Trinidad, y la catequesis enseña que el misterio de Dios es inagotable. El que ama a la Trinidad sabe que en ese exceso de amor de Dios al hombre, cada vez Dios se da más y el hombre descubre la infinitud de su vocación aún en la existencia humana.

Yo le dije una vez a mi madre: "mamá, ¿qué va a hacer uno en el cielo?... Y me dijo: "ver a Dios"; yo me quedé viéndola, y le dije: "¿qué más hay que hacer?", y me dijo: "nada más". Entonces pregunté: "mamá, ¿en el cielo no hay noche y no hay día?" y me dijo: "no". "Pero entonces no se puede dormir, ahí no se duerme, ¡qué aburrido es ir al cielo!". Ahora yo digo: ¡qué hermoso es ir al cielo! porque yo ya entiendo, en lo poquito que sé, que en el cielo no me puedo aburrir, porque nunca puedo agotar a Dios.

Y de este Dios uno debe dar también testimonio en la tierra: no se edifica una comunidad si no se edifica en Dios, si no se descubre a Dios, si no se ama a la comunidad por razón misma de Dios.

Hay que amar a la Iglesia. Yo recomendaría una lectura sobre el último documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Un documento preparado para los 20 años del Concilio, que habla muy bonito (no enredado), muy bonito, sobre la Iglesia como Pueblo de Dios. La Iglesia jamás es pueblo; es Pueblo de Dios. Jamás se puede separar el misterio de Cristo de la Iglesia. A veces nos asombramos relejendo el Vaticano II: cuando se habla de Cristo, parece que se habla de la Iglesia, y cuando se habla de la Iglesia, surge Cristo. Es que jamás se pueden disociar.

A la Iglesia hay que amarla en la limitación de la historia de nosotros los hombres. Por suerte acaban de cometer un error en la lectura (comenzaron a leer antes de lo señalado): Los Apóstoles tenían prisa y le dijeron al Señor: "el Reino ya viene". Qué bonito es esto; en realidad no somos más que eslabones de este Reino que no se dará acabado aquí en la tierra; por eso la historia del hombre en el misterio de la Iglesia, converge hacia Cristo, lo cual expresa San Pablo muy claro: "Todas las cosas serán recapituladas por Él, y entregadas al Padre". Es todo lo que el gran catequista San Pío X puso en el lema "Instaurar todas las cosas en Cristo", el cual aportó tanto en la renovación catequística.

Amar a la Iglesia... ¿cómo?... Nunca lamentándose de haberla servido; nunca servirse de ella, sino servirla; palabras que se dicen fácilmente, y que los que viven su consagración catequística saben que esto es vocación y no entretención, ni llamado accidental. Hay que crear y recrear la Iglesia.

En la primera lectura de esta noche escuchamos el hecho tan maravilloso de que el Dios de la Alianza siempre estuvo con Israel y hubo momentos fuertes en los cuales Dios pareció revelarse más íntimamente, y el hombre redescubrió el misterio de su vida en Dios. Vale la pena que meditemos en esto. Últimamente he dicho una cosa, que los acontecimientos me permiten verla así: desde que Costa Rica, perdió el corredor y los jardines, los ancianos también se suicidan en Costa Rica, porque ya no hay quien oiga la sabiduría del anciano, y ya no hay el atardecer del ocio creador, que permita la comunicación de lo más hermoso del testimonio de vida. Cuando uno era pequeño, o joven, ansiaba la lluvia para escuchar al anciano, y entonces los hechos de vida se vivían y se asumían en la dimensión humana y en la dimensión salvífica, en forma profunda. En fin, vale la pena que el hombre interiorice los acontecimientos de salvación.

Hoy recordé cuando el Papa fue a Estados Unidos: a un negrito le preguntaron qué le parecía la visita del Papa, y él dijo: yo no lo conozco ni sé quién es, pero debería venir más a menudo, porque mientras él estuvo, en este barrio de Nueva York no hubo crímenes ni asaltos. Yo lo pensaba hoy, cuando escuchaba en la radio que el Papa partió de Colombia, y que mientras estuvo en ese país, hubo paz.

Una lectura profunda de los acontecimientos llevaría al hombre a descubrir su vocación de santidad. En lo poquito que yo ayudo a los catequistas, noto qué pobres se sienten de los hechos de vida. Y, ¿por qué? Porque no perciben los hechos en la trama de Dios. Conozco una parroquia que hace tantos años hace procesiones, y todavía no sabe celebrar a Dios, porque no la dejaron descubrir a Dios en torno al altar.

Yo quiero dejar aquí el testimonio de un gran catequista de Costa Rica, Monseñor Odio, con quien recorrimos nosotros tantos lugares buscando el pan de cada día para los seminaristas. Monseñor Odio me dijo esto que nunca olvidaré: "cuando Ud. llegue a una comunidad y quiera saber cuánto le van a dar para el Seminario, si mucho o poco, sepa distinguir dos cosas: entre la gente que comulga, y la que vive la Eucaristía; sólo cuando se vive la Eucaristía se amará el sacerdocio y se dará para los sacerdotes".

A veces es muy peligroso quedarse en la nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue; pero en fin, quiero decirles esto: yo quiero agradecerles que este Segundo Encuentro Nacional lleve mi nombre. Hay una cosa de la cual, aunque ustedes no lo crean, yo le doy gracias a Dios todos los días: de mi enfermedad. Porque una enfermedad da la dimensión de la sensatez, y es un gran tesoro para no opacar a Dios. La historia que nosotros hicimos en catequesis no fue "mi historia", fue la historia de la Iglesia. La prueba es que de ello sólo queda lo que la Iglesia misma purificó y asumió, y en esa historia hay muchos hombres, unos aquí, y otros ya no presentes.

Al decir que la obra es de Iglesia y no de un hombre, permítaseme citar primeramente al hoy Arzobispo de San José de Costa Rica, Mons. Román Arrieta Villalobos, entonces Obispo de Tilarán y entre sus funciones en la Conferencia Episcopal, Obispo Presidente de la Catequesis. Fue bajo su inspiración y casi diríamos mandato urgente, que se elaboró el Catecismo Nacional. Fue él quien alentó la labor de la entonces Junta Nacional de Catequesis. Fue él quien le dio un contexto internacional, ofreciendo a Costa Rica como Sede de las reuniones patrocinadas por el CELAM, incluso logrando que un costarricense ocupara por largo tiempo el cargo de perito en catequesis ante el CELAM. Fue él quien promovió la participación, en Medellín, de una nutrida asistencia a la primera Conferencia Latinoamericana de Catequesis. Fue él quien luego viajó a Manila como uno de los Obispos Latinoamericanos, al encuentro de Catequesis. Fue él quien, junto con el Padre Armando Hernández, se hizo presente en Roma en el Congreso Internacional de Catequesis. Fue también él quien fundó el CECOPAC (Centro de Coordinación Pastoral Catequística para América Central y Panamá) como organismo de servicio y de intercambio de expertos en diversas áreas, para lograr un sustrato de evangelización armónica en toda el área. Aunque la idea no llegó nunca a tener todo el vigor, no se puede negar que la aplicación de la misma hubiera atenuado ciertos hechos centroamericanos. Fue también él quien, con su firma, avaló como Obispo todas las donaciones que nos permitieron realizar el trabajo con menos penuria. Fue también él quien quiso en el seno del SEDAC darle gran impulso a la catequesis. Otra persona es Mons. Antonio Troyo Calderón, (entonces canónigo) hoy Obispo Auxiliar de San José. Su gran labor fue el haber sido puente entre lo vivido por otros hombres de Iglesia y lo que intentábamos hacer en una renovación. Fue el sacerdote que siempre permitió, con su prudencia, que los Obispos tuvieran confianza en la solidez doctrinal de lo que se estaba haciendo. Fue el hombre que ante las naturales tensiones al interior de la misma Comisión, supo, con su capacidad de diálogo, limar las asperezas propias aún de la labor eclesial. Es el hombre que aún hoy continúa en esa misma labor, dándole forma a una tarea eclesial que ahora comienza a madurar en su trabajo práctico y en su quehacer reflexivo.

Una de esas personas que ya pasó a Dios, tal vez la recuerden, es la Hermana Carmen, gran pionera de la catequesis, que se agotó y se entregó al Señor. Recuerden al Padre Armando Hernández, un hombre que, una vez que me acababan de operar, lleno de fraternidad, me llamó para que descansara en Liberia. Y llegué a la una de la tarde, y me invitó a planear catequesis. "Descansé" día y medio, y me retiré a descansar. Él no medía el tiempo para la entrega al Señor. Quiero recordar al Padre Vásquez, aquí presente, que cuando hubo que forjar un período de la catequesis, tuvo la valentía de morir a lo que había hecho, para nacer a una dimensión nacional en la catequesis. Quiero recordar a Monseñor Coto Orozco aquí presente, para mí el más serio catequista de la radio, que a través de ella en gran parte evangelizó una diócesis; tiene el gran carisma del hombre que cuando uno le dice lo grande que es, se asusta, porque él ve como natural lo que Dios le dio y con lo cual ha hecho cosas tan maravillosas. Yo quiero recordar a Monseñor Hoefffer, y al Padre Madrigal también aquí presente. Una vez, estando allá en Limón en un encuentro, Monseñor tuvo en su sensibilidad, esta frase: "usted y el Padre Madrigal se ocupan de la Palabra; yo tengo que desaterrar los caños para que se siga dando catequesis". Fue un hombre de entrega y de gran sentido, en quien descubrí el alma del misionero paulino. Quisiera también que en esta celebración nos uniéramos a una persona ausente, a la cual Costa Rica debe mucho: Sor Margarita María, religiosa de Sión, porque sin llegar nunca a hablar perfectamente nuestra lengua, llegó a hacernos sentir en el corazón lo que es una persona

consagrada al amor de Dios y de los hermanos. Recuerdo mi última entrevista con Monseñor Rodríguez antes de aquel derrame que lo llevó a la renuncia de la Diócesis; me dijo algo que fue un signo de amor de la Iglesia hacia mí: "Padre Rodrigo, te mandé a Europa y ahora te lo digo, no tenía mucha confianza en vos, pero no me defraudaste; y otros en quienes confié, sí me defraudaron". Yo me sentí muy contento, no por no haberlo defraudado (porque me ha dolido y me dolerá los que lo defraudaron) sino porque por lo menos podía sembrar un poco de gozo en el corazón de mi Pastor y de mi Padre.

Por todo esto digo con la Virgen: "Mi alma glorifica al Señor, porque Él, que es Todopoderoso, ha hecho obras grandes en mí". Yo creo que todo es de Dios, y lo que yo le digo a Dios y a mi Iglesia, en medio de mi vehemencia (a veces yo me consuelo leyendo la vida de los santos, y digo, pues si todos fueron violentos...) voy en camino de santidad.

Yo hoy me siento agradecido por lo muy bueno que Dios ha sido conmigo, por lo muy amorosa que ha sido la Iglesia mi Madre, y por lo muy generoso que ha sido el Pueblo de Dios al que me ha tocado servir. A Uds., los que siguen trabajando en cargos directivos, yo les digo: SEAN PERSONAS DE ESPERANZA.

Gracias, que Dios los bendiga, y nunca se sirvan de la Iglesia, sirvan a la Iglesia y sobre todo, ámenla en la verdad. Sean menos teólogos y más confesores de Dios. Eso no significa dejar de tener la sabiduría eclesial, sino amar entrañablemente la verdad. Definitivamente, una frase ambigua, en catequesis, una enseñanza no bien dirigida, nos lleva, cuando menos, a la dispersión.

Termino con una anécdota: hace poco invité a un pequeño grupo para que meditáramos juntos la última encíclica del Papa, y les sugerí tomar cada miércoles quince minutos para ello. Me dijeron: "Gracias, Padre, ya llegó otro Padre y nos la explicó en quince minutos". Yo les dije: "El Papa duró seis meses escribiéndola de rodillas, y ustedes ya se la tragarón en quince minutos!..."

El catequista tiene en sus manos la maduración de la obra de Dios y el abrir a la Palabra de Dios. Mi deseo, al final de esta reflexión, lo resumo así:

"Que entre tantas palabras, Señor, sepamos escuchar tu Palabra".

Esto es lo que el catequista hace para que la catequesis edifique la comunidad eclesial, y la comunidad eclesial edifique la catequesis.

¡Que así sea!